Dr. Robert A. Peterson, La obra salvadora de Cristo, Sesión 6, Introducción, Parte 6, Cristología, Los 3 oficios de Cristo, Profeta, Sacerdote y Rey, Parte 1

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre la obra salvadora de Cristo. Esta es la sesión 6, Introducción, Parte 6, Cristología, Tres oficios de Cristo: Profeta, Sacerdote y Rey, Parte 1.

Continuamos nuestro estudio de Cristología de acuerdo con un estudio de la obra salvadora de Cristo.

Hablamos un poco sobre la persona y la obra de Cristo y su inseparabilidad y cómo la obra de la cruz es de hecho obra del Hijo solamente, pero al mismo tiempo, debido a que las personas son inseparables, es obra de la Trinidad en otro sentido más amplio. En tercer y último lugar, la doctrina de los dos estados. Cuando pensamos en cuál es la diferencia entre Jesús en el cielo ahora y Jesús en la tierra en el primer siglo, he escuchado a cristianos, tal vez sin pensarlo demasiado profundamente, decir, oh, él ya no es un hombre, como si de alguna manera se despojara de su humanidad cuando murió o en la resurrección.

Eso es un error. La encarnación es permanente. Hebreos 3 nos lo dice, Hebreos 4 lo dice, puesto que tenemos un gran sumo sacerdote, Hebreos 4:14, que traspasó los cielos, ese ciertamente es Jesús resucitado, ¿no es así? Jesús, su nombre humano, el Hijo de Dios, su título divino de Hebreos 1, aferrémonos a nuestra confesión.

Desde entonces, tenemos un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús, el Hijo de Dios. Mantengamos firme nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo como nosotros, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

El Hijo de Dios a la diestra del Padre sigue siendo el Hijo encarnado de Dios. La diferencia entre Jesús en la tierra durante su ministerio terrenal y Jesús ahora en el cielo no es que ya no sea humano. La encarnación fue permanente.

Aquel que existía eternamente como Dios se encarnó plenamente en Jesús de Nazaret. Para completar la sistematicidad, debo añadir que también permaneció totalmente fuera. La Trinidad permaneció intacta.

Así pues, está el misterio de la encarnación. La Trinidad continúa. Al mismo tiempo, el Hijo, que está totalmente fuera, se encarna totalmente en la encarnación.

Pero la diferencia entre Jesús en la tierra y Jesús en el cielo es lo que los teólogos luteranos y reformados de la posreforma llegaron a entender como la doctrina de los dos estados: estado de humillación, estado de exaltación. Un solo Cristo y ambos siguen a la encarnación, por supuesto, pero tradicionalmente, el estado de humillación comienza con su nacimiento y luego con su vida, incluidos los sufrimientos y las tentaciones; su muerte y su sepultura son el punto final de su humillación, su muerte ignominiosa en la cruz.

La crucifixión fue algo horrible, no se mencionaba en la sociedad educada, era una tortura terrible, y el Hijo de Dios sufrió eso por nosotros y luego fue sepultado. ¿Dios fue sepultado? Bueno, el Dios-hombre fue sepultado, y eso es una humillación, en verdad. Pero gracias a Dios, el estado de exaltación le sigue, y eso incluye su resurrección, su ascensión, su sentarse a la diestra de Dios, y culminará en su segunda venida.

La doctrina de los dos estados habla, pues, de dos fases cronológicas y de dos condiciones correspondientes: un estado de humillación, de humildad, por así decirlo, desde la encarnación hasta la sepultura, y un estado de exaltación desde la resurrección hasta la segunda venida. Eso es bueno, útil y cierto, y, sin embargo, la Biblia es más complicada de lo que se podría haber imaginado, porque en su estado de humillación ya hay gloria, y más de una vez la Escritura habla de algo así. ¿Cómo podría ser gloriosa la cruz? Calvino comenta en relación con Colosenses 2:15 que aquí la cruz se transforma en un carro triunfal.

Cristo anuló la ley que estaba contra nosotros, la anuló y la clavó en la cruz, Colosenses 2:14. Despojó a los principados y a las potestades, y los expuso públicamente al triunfo sobre ellos en él, NVI. Es uno de los pocos lugares en los que el griego es ambiguo.

La preposición, el pronombre, podría referirse a Cristo, y por supuesto, se implica su cruz, o a la cruz, y por supuesto, se implica al Cristo de la cruz. Así que, triunfando sobre ellos en Cristo o en su cruz. De cualquier manera, la cruz está implícita o se afirma, y ahí está la cruz como gloriosa y triunfante.

Eso nos ayuda mucho a entender la Biblia. La doctrina de los dos estados nos ayuda a entender enseñanzas bíblicas que de otro modo resultarían realmente desconcertantes e incluso inquietantes. De modo que nadie sabe cuándo regresará el hijo del hombre, ni los ángeles en el cielo, ni siquiera el hijo, sino sólo el padre.

¿Qué? Yo creía que el Hijo era Dios. Él es Dios y conserva plenamente sus propiedades divinas cuando se convierte en un ser humano, pero no renuncia a las propiedades mismas, ni a sus atributos divinos, sino al ejercicio independiente de ellos. Los tiene, los conserva, pero sólo los usa de acuerdo con la voluntad del Padre.

La tentación del diablo en el desierto es precisamente buscar al hijo de Dios. Si eres hijo de Dios, en efecto, tres veces dice, ve en contra de la voluntad del padre, y Jesús dice no, no, no, cada vez desde Deuteronomio. Así que, en ese sentido, por razones que no entendemos, no era la voluntad del padre para el hijo encarnado que tiene la capacidad de saber todas las cosas.

No era la voluntad del Padre que Jesús, durante su estado de humillación, supiera cuándo volvería. Por supuesto, en su estado de exaltación, Jesús sabe cuándo va a volver, pero la doctrina de los dos estados es significativa y útil para entender a la misma persona en su estado de humillación y ahora en su estado de gloria y exaltación. Todo esto es una introducción, y pasamos a la doctrina de la obra salvadora de Cristo, y nuestro primer tema aquí es, de hecho, su triple oficio o sus tres oficios.

De cualquier manera, está bien. Tienen que ver con su unción como el Cristo, el Ungido, y como tal, Dios le dio tres oficios, le dio una misión que cumplir, o un oficio triple. Históricamente, el padre de la iglesia Eusebio es famoso por mencionar simplemente los tres oficios de Cristo.

Escribió que había tres cargos de dignidad sobresalientes entre los hebreos que hacían famosa a la nación: primero, el reinado; segundo, el de profeta; y por último, el sumo sacerdocio. Las profecías decían que la abolición y destrucción completa de estos tres juntos sería la señal de la presencia de Cristo.

En otro lugar, escribe, Jesús, habla de Jesús como, cita, el logos divino y celestial del mundo, el único sumo sacerdote de toda la creación, el único rey de los profetas, el único archiprofeta del padre. Cristo es un logos divino y celestial del mundo, es decir, un oficio profético, el único sacerdote de toda la creación; estoy leyendo mal esto; pido perdón, de toda la creación, el único rey. El logos divino y celestial del mundo, el único sumo sacerdote, ahora lo entiendo bien, de toda la creación, el único rey de los profetas, el único archiprofeta del padre.

Pero él simplemente lo enuncia, es famoso porque es la primera declaración que tenemos de ese tipo, pero quien realmente lo desarrolla teológicamente es Calvino en la Institución, y voy a leer un poco de eso para nosotros en un momento. Pero primero que todo, el Catecismo de Heidelberg ha incorporado los tres oficios en un símbolo reformado. Catecismos: Necesito conseguir un libro aquí. Los catecismos son instrumentos didácticos para enseñar a la iglesia, y lo mismo ocurre con el Catecismo de Heidelberg.

Pregunta 31: ¿Por qué se le llama Cristo, es decir, ungido? Respuesta: porque ha sido ordenado por Dios Padre y ha sido ungido con el Espíritu Santo para ser nuestro principal profeta y maestro que nos revela plenamente el consejo secreto y la voluntad de Dios con respecto a nuestra liberación, nuestro único sumo sacerdote que nos ha liberado por el único sacrificio de su cuerpo y que continuamente aboga por nuestra causa ante el Padre, su obra de expiación e intercesión, y nuestro rey eterno que nos gobierna por su palabra y espíritu y que nos guarda y nos mantiene en la libertad que ha ganado para nosotros. Es tan hermoso que lo leeré una vez más. Estos documentos, catecismos y confesión de fe son declaraciones de creencia, nuevamente, cuidadosamente elaboradas, y hay todo tipo de citas bíblicas; No voy a leerlo, me llevaría demasiado tiempo, y hay líneas de ellas para cada uno de estos puntos, pero luego un catecismo es un instrumento didáctico para enseñar la confesión, en primera instancia, sobre todo a los niños, y pero también a los adultos.

A Cristo se le llama el ungido, el Cristo, porque ha sido ordenado por Dios Padre y ungido con el Espíritu Santo para ser nuestro profeta y maestro principal, y en esa capacidad, nos revela plenamente el consejo secreto y la voluntad de Dios con respecto a nuestra liberación. También es nuestro único sumo sacerdote que nos ha liberado por el único sacrificio de su cuerpo y que continuamente aboga por nuestra causa ante el Padre. En tercer lugar, es el rey eterno, nuestro rey eterno, que nos gobierna por su palabra y su espíritu y que nos guarda y nos mantiene en la libertad que ha ganado para nosotros.

Antes de trabajar con una exposición bíblica de estas cosas, he tenido la costumbre en estas conferencias de trabajar con la teología histórica antes de la Biblia, y quiero que la Biblia permanezca con nosotros y que la teología histórica ilumine la Biblia y ciertamente no que ocupe su lugar. El capítulo 15 del libro segundo de los institutos dice que para conocer el propósito por el cual Cristo fue enviado por el Padre y lo que nos confirió, debemos mirar sobre todo tres cosas en él: el oficio profético, la realeza y el sacerdocio. Escribe, por tanto, que para que la fe encuentre una base firme para la salvación en Cristo y así descansa en él, es necesario establecer este principio.

El oficio que el Padre le encomendó a Cristo consta de tres partes, por lo tanto, un oficio triple, que enfatiza la unidad de los tres. Porque le fue dado ser profeta, rey y sacerdote (nótese el orden de Calvino), pero sería de poco valor conocer estos nombres sin entender su propósito y uso. Aunque Dios, al proveer a su pueblo con una línea ininterrumpida de profetas, nunca lo dejó sin una doctrina útil y suficiente para la salvación, sin embargo, las mentes de los piadosos siempre habían estado imbuidas de la convicción de que debían esperar la luz plena del entendimiento solo en la venida del Mesías.

Estas expectativas penetraron incluso en los samaritanos, aunque nunca habían conocido la verdadera religión, como se desprende de las palabras de la mujer a Jesús en Juan 4: “Cuando venga el Mesías, nos enseñará todas las cosas”, cita final. Los judíos no presumieron esto a la ligera, sino que, siendo enseñados por oráculos claros, creyeron en ello. Es particularmente conocida la frase de Isaías: “He aquí que lo he puesto como testigo para los pueblos”.

Yo lo he puesto por jefe y capitán de los pueblos, Isaías 55:4. En otro lugar, Isaías lo llama el mensajero o intérprete de gran consejo. Por eso, el apóstol elogia la perfección de la doctrina evangélica, diciendo primero, de muchas y diversas maneras, Dios habló en el pasado a los padres por los profetas, Hebreos 1 :1. Luego añade, en estos últimos días, nos ha hablado por medio de un hijo amado, Hebreos 1:2. Pero como la tarea común de los profetas era mantener a la iglesia en expectativa y al mismo tiempo sostenerla hasta que viniera el mediador, leemos que en su dispersión, los creyentes se quejaron de que se les privó de ese beneficio ordinario, citando, no vemos nuestras señales. No hay profeta entre nosotros.

Nadie sabe cuánto tiempo, Salmo 74:9. Pero cuando Cristo ya no estaba lejos, se le señaló un tiempo a Daniel, cito, para sellar tanto la visión como el profeta, Daniel 9:24. No sólo para que la declaración profética allí mencionada pudiera ser establecida con autoridad, sino también para que los creyentes pudieran prescindir pacientemente de los profetas por un tiempo porque la plenitud y culminación de todas las revelaciones estaba cerca. Ahora bien, cabe señalar que el título Cristo pertenece a estos tres oficios, pues sabemos que bajo la ley, los profetas, así como los sacerdotes y los reyes, eran ungidos con aceite santo.

Podría decir que los profetas rara vez, pero es cierto. Los sacerdotes y los reyes, con regularidad. Por eso, el ilustre nombre de Mesías fue otorgado al mediador prometido.

Reconozco que Cristo fue llamado Mesías, especialmente con respecto a su realeza y en virtud de ella, pero sus unciones como profeta y como sacerdote tienen su lugar y no debemos pasarlas por alto. Isaías menciona específicamente lo primero con estas palabras: cita, el espíritu del Señor Jehová está sobre mí, porque Jehová me ha designado, me ha ungido para predicar a los humildes, para traer sanidad a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos, para predicar el año de la buena voluntad del Señor, cierra la cita. Isaías 61:1 y 2, comparar Lucas 4:18.

Vemos que fue ungido por el Espíritu para ser heraldo y testigo de la gracia del Padre, y esto no es de una manera común, pues se distingue de otros maestros con un oficio similar. Por otra parte, debemos notar que recibió la unción no sólo para sí mismo, para que pudiera llevar a cabo el oficio de enseñar, sino para todo su cuerpo,

para que el poder del Espíritu estuviera presente en la predicación continua del evangelio. Esto, sin embargo, sigue siendo cierto.

La doctrina perfecta que él ha traído ha puesto fin a todas las profecías. Entonces esta unción fue difundida desde las cabezas a los miembros como Joel había predicho: “Tu hijo profetizará, y tu hija verá visiones”, etc.

Joel 2:28. Pero cuando Pablo dice que él nos ha dado como nuestra, nos fue dado como nuestra sabiduría, 1 Corintios 1:30, y en otro lugar en él están todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, en él están escondidos todos los tesoros del conocimiento y del entendimiento, Colosenses 2:3, tiene un significado ligeramente diferente. Es decir, fuera de Cristo, no hay nada que valga la pena conocer, y todos los que por la fe perciben cómo es él han comprendido toda la inmensidad de los beneficios celestiales.

Por eso, Pablo escribe en otro pasaje, cito, me propuse no saber cosa alguna preciosa sino a Jesucristo, y a éste crucificado, cierra 1 Corintios 2:2. Esto es muy cierto, porque no es lícito ir más allá de la sencillez del evangelio, y el oficio profético y la dignidad profética en Cristo nos lleva a saber que en el compendio de la doctrina tal como él nos la ha dado, están contenidas todas las partes de la sabiduría perfecta. Así habla Cristo del oficio profético. Sé que es extenso, pero es rico.

Es la clásica declaración del triple oficio. El oficio real. Ahora voy a hablar de la realeza.

Sería inútil hablar de esto sin advertir primero a mis lectores que es de naturaleza espiritual. De aquí inferimos su eficacia y beneficio para nosotros, así como toda su fuerza y eternidad. Ahora bien, esta eternidad que el ángel en el libro de Daniel atribuye a la persona de Cristo, Daniel 2:44, en el evangelio de Lucas, el ángel la aplica con justicia a la salvación del pueblo, Lucas 1:33. Pero esta eternidad es también de dos clases y debe considerarse de dos maneras.

El primero se refiere a todo el cuerpo de la iglesia. El segundo pertenece a cada miembro en particular. Dios promete aquí que, por la mano de su Hijo, será el eterno protector y defensor de su iglesia.

La exclamación de Isaías significa lo mismo: “En cuanto a su generación, ¿quién la contará?” (Isaías 53:8). Porque declara que Cristo sobrevivirá a la muerte de tal manera que se unirá a sus miembros. Recuerden que ayer, o en la conferencia anterior, dije que Isaías 53 también enseña la resurrección del hijo de Dios.

Por eso, cuando oigamos que Cristo está armado con poder eterno, recordemos que la perpetuidad de la iglesia está asegurada en esta protección. Por eso, en medio de la violenta agitación con la que se ve continuamente perturbada, así como de las

terribles y terribles tormentas que la amenazan con innumerables calamidades, todavía permanece segura. Así, Dios asegura a los piadosos la preservación eterna de la iglesia y los anima a tener esperanza cuando esta se vea oprimida.

En el Salmo 2 citó a David, diciendo que los reyes y los pueblos se enfurecen en vano, porque el que mora en los cielos es lo suficientemente fuerte para quebrantar sus asaltos (Salmo 2:2). En otro pasaje, hablando en presencia de Dios, David dice: siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Aquí afirma que no importa cuántos enemigos fuertes conspiren para derrocar a la iglesia, no tienen la fuerza suficiente para prevalecer sobre el decreto inmutable de Dios por el cual designó a su hijo rey eterno.

De ahí se sigue que con todos los recursos del mundo, nunca podremos destruir la iglesia fundada como está en el trono eterno de Cristo. Dice, entre otras cosas, que esta misma eternidad debe inspirarnos a esperar la bienaventurada inmortalidad. Por eso, Cristo, para elevar nuestra esperanza al cielo, declara que su reinado no es de este mundo, Juan 18:36.

En resumen, cuando alguno de nosotros oye que el reinado de Cristo es espiritual, despertado por esta palabra, que alcance la esperanza de una vida mejor. Y puesto que ahora está protegido por la mano de Cristo, que espere el fruto pleno de esta gracia en el siglo venidero. En una sección titulada La bendición del oficio real de Cristo para nosotros, leeré solo algunos extractos.

Cristo enriquece a su pueblo con todo lo necesario para la salvación eterna de las almas y lo fortalece con el valor para permanecer invencible contra todos los asaltos de los enemigos espirituales. Entonces, confiando en el poder del mismo espíritu, no dudemos de que siempre seremos victoriosos sobre el diablo, el mundo y toda clase de cosas nocivas. Así podremos pasar pacientemente por esta vida con su miseria, hambre, frío, desprecio, reproches y otros problemas.

Podría decir que nuestros hermanos y hermanas de todo el mundo están experimentando estas cosas, tal como era más probable para Calvino en Ginebra en su época que para nosotros, los estadounidenses ricos. Estemos contentos con una sola cosa: nuestro rey nunca nos dejará desamparados, sino que proveerá para nuestras necesidades hasta que se acabe nuestro bienestar. Estamos llamados a triunfar. Estos beneficios nos brindan la ocasión más fructífera para gloriarnos y también nos brindan la confianza para luchar sin miedo contra el diablo, el pecado y la muerte.

Por fin, vestidos de su justicia, podemos elevarnos valientemente por encima de todos los reproches del mundo y, así como él mismo nos prodiga libremente sus dones, así también nosotros podemos a cambio dar fruto para su gloria. Por eso, la unción del rey no es con aceite ni con ungüentos aromáticos, sino que se le llama

ungido Cristo de Dios porque el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y el poder del temor del Señor han reposado sobre él, Isaías 11:2. Este es el óleo de alegría con el que el Salmo proclama que está ungido por encima de sus compañeros, Salmo 45:7. Porque si tales excelencias no estuvieran en él, todos estaríamos necesitados y hambrientos. Él no se enriqueció para su propio beneficio, sino para poder derramar su abundancia sobre los hambrientos y sedientos.

Se dice que el padre no dio el espíritu a su hijo por medida (Juan 3:34). Un símbolo visible de esta unción sagrada se mostró en el bautismo de Cristo cuando el espíritu se cernió sobre él en forma de paloma (Juan 1:32; Lucas 3:33). No es nada nuevo y no debería parecer absurdo que el espíritu y sus dones se designen con la palabra unción (1 Juan 2:20 y 27).

Sólo así nos fortalecemos, sobre todo en lo que se refiere a la vida celestial. No hay en nosotros ni una gota de vigor, sino la que nos infunde el Espíritu Santo, pues el Espíritu ha elegido a Cristo como su sede, para que de él fluyan abundantemente las riquezas celestiales de las que tanto estamos necesitados.

De esta manera, Pablo infiere correctamente. Sin embargo, Calvino está explicando el oficio real de Cristo, que él considera como el más estrechamente alineado con el significado del ungido. Dios se convertirá entonces en la única cabeza de la iglesia, ya que los deberes de Cristo en la defensa de la iglesia se cumplirán. Se está refiriendo a 1 Corintios 15 al final, cuando el Hijo entrega el reino al Padre.

El oficio sacerdotal, según el orden de Calvino, es profeta, rey y sacerdote. Ahora debemos hablar brevemente sobre el propósito y el uso del oficio sacerdotal de Cristo. Como mediador puro e inmaculado, él, por su santidad, nos reconcilia con Dios.

Pero la justa maldición de Dios nos impide el acceso a él, y Dios, en su calidad de juez, está enojado con nosotros. Por lo tanto, debe intervenir una expiación para que Cristo, como sacerdote, pueda obtener el favor de Dios para nosotros y apaciguar su ira. Aquí está el tema penal legal de la expiación expuesto en términos de propiciación.

Así, Cristo, para llevar a cabo su oficio, tenía que presentarse con un sacrificio, pues también bajo la ley, al sacerdote se le prohibía entrar en el santuario sin sangre, Hebreos 9:7, para que los creyentes supieran, aunque el sacerdote como su abogado se interpusiera entre ellos y Dios, que no podían propiciar a Dios a menos que sus pecados fueran expiados, Lucas 16:2 y 3, Día de la Expiación, versículos 2 y 3. El apóstol analiza este punto extensamente en las cartas a los Hebreos. Como muchos en la iglesia primitiva, Calvino pensaba que Pablo había escrito el libro de Hebreos. Desde el capítulo 7 casi hasta el final del capítulo 10.

Para resumir su argumento, el oficio sacerdotal pertenece únicamente a Cristo porque por el sacrificio de su muerte, borró nuestra propia culpa y satisfizo nuestros pecados. El juramento solemne de Dios del cual, cito, no se arrepentirá, cierra la cita, nos advierte cuán importante es este asunto, cito, eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, Salmo 110:4, comparar Hebreos 5:6 y 7:15. Sin duda, Dios quiso en estas palabras ordenar los puntos principales sobre los cuales él sabía que gira toda nuestra salvación.

En efecto, tal como es, como se ha dicho, nosotros o nuestras oraciones no tenemos acceso a Dios si Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, después de lavar nuestros pecados, nos santifica y nos alcanza aquella gracia de la que nos priva la inmundicia de nuestras transgresiones y vicios. Vemos, pues, que para que nos lleguen la eficacia y los beneficios de su sacerdocio, es necesario partir de la muerte de Cristo. Es decir, Cristo como sacrificio sacerdotal.

Y, por último, presenta a Cristo como intercesor sacerdotal. De ello se desprende que es un intercesor eterno. Por su intercesión obtenemos el favor.

De aquí surge la confianza en la oración y la paz para las conciencias piadosas, que se apoyan con seguridad en la misericordia paternal de Dios y están persuadidas de que todo lo que ha sido consagrado por medio del mediador es agradable a Dios. Aunque Dios bajo la ley ordenó que se le ofrecieran sacrificios de animales, en Cristo hubo un orden nuevo y diferente en el que el mismo debía ser sacerdote y sacrificio.

Esto se debió a que no se podía encontrar otra satisfacción adecuada por nuestros pecados, ni ningún hombre digno de ofrecer a Dios al hijo unigénito. Ahora, Cristo desempeña el papel sacerdotal no solo para hacer que el Padre sea favorable y propicio hacia nosotros mediante una ley eterna de reconciliación, sino también para recibirnos como sus compañeros en este gran oficio. Apocalipsis 1:6 Porque nosotros, que estamos contaminados en nosotros mismos, pero somos sacerdotes en él, nos ofrecemos a nosotros mismos y todo lo que somos a Dios, y entramos voluntariamente en el santuario celestial, para que los sacrificios de oraciones y alabanza que presentamos sean aceptables y fragantes delante de Dios.

Este es el significado de la declaración de Cristo, cito, por amor a ellos me santifico. Juan 17:19 Porque estamos imbuidos de su santidad y en la medida en que nos ha consagrado al Padre consigo mismo, aunque de otra manera le seríamos aborrecible, le agradamos como puros y limpios y hasta como santos. Así Así termina la exposición de Calvino del triple oficio de Cristo.

Eusebio introdujo el concepto en la teología cristiana. Calvino lo explicó de manera hermosa en el libro 2 del Instituto, capítulo 15. Y, como dije, quedó consagrado en el Catecismo de Heidelberg para siempre hasta que nuestro Señor regrese, si Dios quiere.

Si Dios no quiere, él vendrá otra vez. Si Dios quiere, el Catecismo de Heidelberg se mantiene hasta entonces. El trasfondo del Antiguo Testamento para el triple oficio se encuentra, por supuesto, en el oficio profético histórico, el sacerdocio y la realeza. Leemos en Deuteronomio 18 que Israel, al entrar en la tierra prometida, no debía escuchar a quienes afirmaban hablar en nombre de Dios.

Deuteronomio 18:14 Estas naciones que vas a desposeer escuchan a adivinos y adivinos. Pero a ti el Señor tu Dios no te ha permitido hacer eso. El Señor tu Dios te levantará un profeta como yo, de en medio de ti, de tus hermanos, escribió Moisés.

A él escucharéis, tal como pedisteis al Señor vuestro Dios en Horeb el día de la asamblea, cuando dijisteis: No vuelva yo a oír la voz del Señor mi Dios, ni a ver más este gran fuego, para que no muera. El significado es directo.

Ellos quieren un profeta que sirva de mediador. Y el Señor me dijo: Tienen razón en lo que han dicho, y yo les suscitaré un profeta como tú de entre sus hermanos, y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mande. Los profetas son, pues, portavoces de Dios.

Ellos son sus portavoces, si quieres. A cualquiera que no escuche mis palabras, que él hable en mi nombre, yo mismo se lo pediré cuenta. Pero el profeta que se atreva a hablar una palabra en mi nombre, que yo no le haya mandado hablar, o que hable en nombre de otros dioses, ese tal profeta morirá.

Así de importante es la revelación de Dios. Y si dices en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que el Señor no ha dicho? Cuando un profeta habla en nombre del Señor, si la palabra no se cumple ni se cumple, esa es una palabra que el Señor no ha dicho. El profeta la ha dicho con presunción.

No hay por qué tenerle miedo. He aquí la institución del oficio profético. Al entrar en la tierra prometida, Moisés, por supuesto, no hizo el viaje, aunque un profesor de historia de la iglesia que tuve hace muchos años dijo con humor que Moisés sí lo hizo finalmente en presencia de una compañía mucho mejor cuando Moisés y Elías aparecieron en el Monte de la Transfiguración con el Señor Jesús.

Pero él no entró, y Dios envió profetas como Elías y Eliseo. Y el significado de Deuteronomio 18, según entiendo, es que Dios está ordenando todo el oficio profético, toda la línea de verdaderos profetas, que por supuesto culmina, como nos dice Hechos 3:22, en el Cristo, el Señor Jesucristo. Él es el gran y último profeta de Dios.

Los profetas, los sacerdotes y los reyes son, pues, lo que llamamos tipos de Cristo. Los tipos son personas, acontecimientos e historia. Es un punto muy importante.

La alegoría se distingue de la tipología por el hecho de que los tipos son personas, acontecimientos o instituciones históricas que prefiguran a Cristo. En Romanos 5:14 se nos dice que Adán era un tipo del que había de venir en el contexto claro de Cristo. Adán, como en el caso de Adán y Eva, es un tipo de Cristo.

Adán es una figura histórica en el Jardín del Edén, que cayó y luego fue perdonado por Dios, pero es un tipo del Cristo que ha de venir. En Romanos 5:12-19, Pablo dice de muchas maneras que no son iguales, Adán y Cristo, pero son iguales en este aspecto. Cada uno es la cabeza de una raza de personas.

Adán de la raza humana y su pecado trajeron muerte y condenación a la raza. Cristo, la cabeza del pueblo de Dios, todos los redimidos, y su único acto de justicia, dice Pablo, en su muerte en la cruz, trajo vida eterna y justificación, justificación y vida eterna a todos los que creen en él. Los tipos son personas como Adán.

Los acontecimientos, el éxodo, son un gran ejemplo. Es una anticipación, una predicción en acción, palabras que comienzan con n, del gran éxodo del Hijo de Dios. Así, en el Evangelio de Lucas, en el relato de la transfiguración, en Lucas 9:31, Moisés y Elías están de pie hablando con Jesús acerca de su éxodo, que es la palabra griega que está a punto de cumplirse en Jerusalén.

No se puede traducir, no se puede poner éxodo y partida en griego, en la Biblia en inglés. Entonces, ponen, ponen partida, y en una nota al pie, dicen, literalmente, la palabra griega éxodo. Es claramente tipología.

Jesús va a cumplir su éxodo en Jerusalén, y aquí el simbolismo es notable. Por cierto, creo que Dios trajo a Moisés y Elías allí para estar temporalmente con Pedro, Santiago, Juan y Jesús, pero este es un simbolismo increíble. Moisés representa la ley, y Elías, sin duda, representa a los profetas.

La ley y los profetas están discutiendo con Jesús sobre su éxodo que está a punto de realizar en Jerusalén. ¡Es increíble! ¡Dios mío!

En otras palabras, toda la Biblia habla de él. Él es el epítome de la Escritura. Él es el fin de la Escritura, por así decirlo, el punto final en ese sentido, y existe la evidencia misma del Nuevo Testamento de que el evento del éxodo, esa gran liberación de Israel de la esclavitud egipcia en el Antiguo Testamento, de la que hablamos en una conferencia anterior, es un tipo, es un evento histórico que apunta hacia un evento mayor.

En este caso, prefigura la muerte salvadora de Cristo, que redime a todo aquel que cree en él, y Romanos 8 en realidad redime a la creación caída, por lo que terminamos con un cielo nuevo y una tierra nueva. Los tipos son personas,

acontecimientos o instituciones históricas. Ahí es donde llegamos al oficio profético, el sacerdocio y la realeza.

Dios ordenó el oficio profético para que su pueblo escuchara de su propia boca santa y no de los mirones, gente, mirones, murmuradores, magos y brujas. No, Dios dice que la gente siempre ha tenido el anhelo de escuchar del otro lado, si se quiere, o de arriba. Dios habla.

Él es el Dios que habla. Él es también el Dios que actúa. Él es el Dios que actúa y el Dios que habla, y sólo quiere que su pueblo escuche su voz y su palabra.

Lamentablemente, Israel desobedeció al Señor y no exterminó a los cananeos. Por lo tanto, su religión sobrevivió y terminó corrompiendo la verdadera religión de Israel. Es una historia triste, en verdad.

El reinado ordenado por Dios era un tipo del gran hijo de David, el Señor Jesucristo. Un momento, ¿no estaba Samuel enojado y Dios enojado con los israelitas por querer hacer rey a Saúl? Sí y no. Ya estaba profetizado en Génesis 49 que el cetro no se apartaría de Judá.

Dios planeó que Israel tuviera un reinado y, en última instancia, que Cristo fuera el rey, pero lo que enojó al Señor, a través de Samuel, fue que ellos quisieran tener un rey como las otras naciones. No anhelaban un rey deuteronomista que se humillara ante la ley de Dios y obedeciera la palabra de Dios y fuera sensible a Dios, etc., y obtuvieron lo que pidieron en Saúl, pero Dios también envió al rey David, y aunque a David se le prohibió construir el tabernáculo, el templo para Dios, perdón, ya tenía un tabernáculo, y su hijo Salomón hizo el trabajo. En esa profecía sobre Salomón, 2 Samuel 7, encontramos palabras maravillosas que nos dicen dentro del Antiguo Testamento mismo que esta línea histórica de reyes, personas reales, apuntaba hacia otra persona real que vendría en el futuro.

David, tú no vas a construirme una casa. Yo voy a construirte una casa. Dios juega con las palabras.

2 Samuel 7:11 Además, el Señor te dice: El Señor te hará una casa. Cuando tus días sean cumplidos y duermas con tus padres, yo levantaré descendencia después de ti, que saldrá de tus entrañas. Esta es la casa y el linaje de David.

Éste es, en definitiva, Jesucristo, el hijo de David, ten misericordia de mí. El ciego le dijo: cállate, y él no quiso, y Jesús lo sanó. Jesús era del linaje de David.

Aquí están las raíces proféticas de su reinado. Él edificará una casa para mi nombre, y yo estableceré el trono de su reino para siempre.

Amigos, Salomón no vivió para siempre, pero el hijo mayor de David vivirá para siempre. Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo. Cuando comete iniquidad, esto se refiere a Salomón, no a Jesús.

Yo lo castigaré con vara de hombres y con azotes de hijos de hombres, pero mi misericordia no se apartará de él, como la aparté de Saúl, a quien quité de delante de ti. Tu casa y tu reino serán firmes para siempre delante de mí, y tu trono será firme para siempre.

Dios dio reyes históricos a Israel y al reino del sur, al menos en principio; éste siguió teniendo el linaje de David, a veces amenazado de extinción, pero Dios, en su providencia, lo mantuvo en pie y, finalmente, de David, vino el Cristo. María era descendiente de David, y Jesús recibió su linaje de él. Si quieren autorización oficial del padre, lo llamaré el padrastro José; él también está en la línea de David. Jesús tenía la sangre de David en sus venas.

David y todos los reyes del sur de Judá, buenos o malos, fueron mejores o peores tipos o prefiguraciones de aquel que vendría y reinaría para siempre. Profeta, rey y sacerdote. En la próxima hora abordaremos el tema del sacerdocio y cómo llegó a ser un problema para Dios mismo porque para ser rey, el cetro no se apartará de Judá.

Judá y por medio de David, uno tenía que mantener eso en el cargo real. Uno tenía que ser de la tribu de Judá y descendiente de David. Los sacerdotes venían por medio de Leví, por medio de Aarón, la tribu de Leví y por medio de Aarón. Por eso se les llama sacerdotes levíticos o aarónicos.

No se puede ser de la tribu de Leví y de la tribu de Judá. Dios tiene un dilema en sus manos, hablo con reverencia. La forma en que lo resuelve es muy creativa, y es creando otro sacerdocio, y es a eso a lo que nos dedicaremos en nuestra próxima conferencia. Dios los bendiga.

Este es el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre la obra salvadora de Cristo. Esta es la sesión 6, Introducción, Parte 6, Cristología, Tres oficios de Cristo: Profeta, Sacerdote y Rey, Parte 1.